

Ave, Imperator

Desde el arribo de los conservadores al poder la anomalía triunfa en todas partes, enseñoreándose de la vida nacional. Cuantas extravagancias pudieron imaginarse para entretener la existencia cansada de un político hijo del absurdo, se llevan a la práctica para hacer política patriótica, expansiva, a la moderna. El error se ensorbece y entroniza en las esferas oficiales, produciendo extrañas consecuencias que nos indignan conforme las vamos conociendo. De ello se derivan las portentosas nuevas que a las veces nos sobrecojen de asombro y nos hacen abominar de la picaresca y desagradable realidad.

Como si todas las ilegalidades cometidas no fuesen bastantes, los seguidores del omnisciente Maura se disponen a coronar dignamente su obra con un absurdo tan monstruoso, tan inverosímil, tan disparatado, que se necesita ser maurista para no comprenderlo así. Pero la ceguera es tan manifiesta entre las figurillas que dependen de la curia romana, que no faltará algún cantor oscarista que nos refiera en estilo levantado y metro sonoro las sublimes bellezas del nuevo atropello que van a cometer los aliados de Nocedal y Vazquez Mella.

Cuando se anunciaron las elecciones provinciales, el Júpiter conservador, sin nadie preguntarle los años que tenía, prometió una imparcialidad rayana en el suicidio, hablándonos de la inmaculada pureza de las elecciones, de su convencimiento de que solo debe irse al Parlamento con una acta limpia, con votos verdaderos y no con sufragios postizos; mas se fué aproximando la época en que tales bellezas habrían de realizarse y la virginidad conservadora en punto electoral se fué turbando con rumores alarmantes, que indicaban claramente la situación en que se hallaban, imposible de todo punto para mostrarse puros.

La suspensión de los ayuntamientos con expulsión de los alcaldes, voceando por todos los ámbitos de la nación, la mentira conservadora, puso sobre aviso a los liberales, que vieron asombrados con el descaído y olvido de las leyes que procedían los mauristas. La protesta razonada, cuerda, perfectamente legal, se elevó entonces hasta el poder; mas a la demanda de justicia cursada por las vías ordinarias, se repuso con nuevos atropellos, que colmaron la medida, haciendo que un clamoreo inmenso llevase hasta la más alta representación del Estado la protesta de una nación indignada.

El proceder abusivo, ilegal, de los conservadores, es de los que reclaman justicia, mas no de esas que se contentan con volver las cosas a sus cauces naturales, sino de las otras, de las que colocan sobre el cohechador un sambenito que le incapacita de por vida.

El por qué de que sucedan tales anomalías se vá comprendiendo ya. El país español es sufrido por tradición, admite todas las cosas por cansancio, no protesta por indiferencia y no exterioriza de manera convincente su disgusto por no enturbiar más de lo que está el horizonte patrio. Si no aconteciera así, si no dejase que la ambición se enseñorease del país, otra cosa sería. Por de pronto, cuando sucediera como ahora que se vulneran las leyes, su voluntad omnipotente arrojaría del Ministerio a los intrusos ensoberbecidos que quieren tiranizarlo, facilitando la llegada de los que, como nos tienen probado, traen con su programa la renovación de las energías y estímulos patrióticos y el resurgimiento de esta pobre y misérrima nación.

Los conservadores conocen la existencia de semejante suicida indiferencia y se aprovechan de ella para apañarse un partido basado en el error y en la soberbia. Durante lo que llevan de gobierno no han hecho otra cosa que demostrar esto. Sus medidas, ilegales casi siempre y abusivas a todas horas, solamente se han encaminado a esclavizar más de lo que está la conciencia nacional, matando todo impulso de protesta. Con ello han conseguido que la catalepsia española sea más duradera, y deje el cuerpo social en difícilísima situación para buscar un camino salvador que conduzca a alguna parte progresiva.

Para que el remedio sea más difícil, ahora, cuando tienen todos los alcaldes suyos, para evitar posibles triunfos en los Municipios donde no tienen mayoría, con una ley nueva, compuesta de dos artículos, se suspenderán y elegirán cuantos estorben a

sus sincerísimos propósitos, dejando a los pueblos a merced de las mesnadas mauristas, ávidas de poder y de representación.

Esta monstruosa disposición, que remata de manera dignísima la labor tiránica del gobierno, será el sello que caracterice para lo sucesivo la autocrática voluntad del antiguo liberal, del dios Maura.

El absurdo debía tener su exaltación y ya la tiene. Que Maura nos conserve la vida.

PLUMAZOS

Divagaciones

Hay frente a nuestra redacción un elevado edificio, hecho que tiene muy poco de particular. Si otra cualquier novedad no hubiese, temo mucho que no pasará a la posteridad, historiada por este Lafuente enciernes. Pero es el caso que en ese edificio, como en los demás, existen ventanas, y en dos de esos enrejados respiraderos se suelen ver a las veces, en uno, una mujer entubada, y en otro, un revoltoso gato de aureas membranas amarillentas. La relación que pueda haber entre el travieso Micifuz y la zahareña entubada, aun queriéndomela explicar, no he llegado a comprenderla. Sólo sé que cuando falta alguno de los dos personajes a su sitio habitual, se nota cierta desarmonía en el conjunto y se entenebrece y atrista el caserón.

Frente por frente a nuestra mesa de trabajo, fulgiendo en las sombras del fondo, el minino vollea inquieto las fosforescentes luces de sus pupilas. Adivina algo que a nosotros no se nos alcanza y apaga los fuegos fatuos de sus ojos en una huida que tiene mucho de intencionada. Entonces aparece la mujer...

La desarmonía es hoy menos sensible que otros días. Como el gato, esta mujer tiene irisaciones pálidas en las pupilas. Sus ojos parecen arder en el inextinguible fuego de una pasión uterina insaciada. Claramente muestra al observador las penosas huellas de una viudez temprana. Más que negros, sus ojos resultan verdosos a fuerza de ardientes.

Por las azoteas se escuchan las notas de un poema galano, que interrumpen las cavilaciones periodísticas... Hay en la redacción un movimiento inusitado. Entran de la imprenta pruebas, reclaman original, llegan telegramas...

Mientras las plumas moscardean sobre el papel, un caprichoso flirt comienza. Las miradas arden. La imaginación, rutinariamente, impulsa las plumas, dejando libres a los sentidos.

La mujer desaparece...

El disgusto suspende por breve espacio el trabajo. Hay su conato de murmuración. Pero llega un nuevo muchacho de la imprenta y el martilleante rasgueo prosigue velozmente, incansablemente, despiadadamente.

Cuando al rato alzamos la cabeza, el gato, los ojos menos fosforescentes, se alisa voluptuosamente el bigote a la ventana. La mujer también está y sonríe de un modo enigmático, que dice mucho sin decir nada...

PIERROT.

Información especial

LUZ QUE CREA BELLEZA

El bello sexo va a tener mucho que agradecer a la fototerapia o tratamiento de las dolencias por la luz. Es este uno de los mayores progresos realizados en nuestros días en el terreno de la medicina.

Son muchos hoy los procedimientos que se curan mediante la aplicación de la luz azul, blanca o roja, y con grandes resultados que no hay ya manera de negar. Pero lo más curioso de este procedimiento de curar por la luz, es que inconscientemente se ha venido haciendo uso de él, aun antes de que fuera descubierto: es gracioso.

Cuando una joven presenta mal color, cuando los barros del usagre afean la carita de una niña, se aconseja enviarlas al campo. El aire puro, el ejercicio, les dicen, hermosarán vuestro cutis y os darán frescos y vivos colores. En efecto, el ejercicio y el aire contribuyen no poco a la obra restablecedora; pero no son ellos solos, lo que realmente hacen que la palidez, los barros o el usagre desaparezcan, es la luz sin igual del sol.

Esto sabido, como consecuencia lógica se

ha pensado en una nueva aplicación de la fototerapia, y el descubrimiento, del sólo dominio de la terapéutica al principio, ha llegado a pasar a los gabinetes de los llamados en el extranjero «médicos de la belleza», donde se cuida el rostro de las hermosas de un modo metódico y científico.

De hoy más, el sol y los colores ayudarán a la mujer a borrar la enfadosa huella de los barros, y sobre todo, a corregir los defectos de otra índole, que puedan estorbar a su completa belleza.

Los barros, las manchas, las pecas, las berrugas, todo se atenúa o desaparece bajo la influencia de la luz filtrada por cristales de colores. El médico de la belleza indica el color que deben tener los objetos y hasta las paredes de la habitación de la mujer, y ésta ve que poco a poco desaparecen las crueldades que afeaban su cara.

¿Cuántas mujeres de correctas facciones, ojos expresivos y sonrisa graciosa se ven con pena estropeado este conjunto por un cutis demasiado encendido, arrebatado, como generalmente decimos? La exuberancia de color es un defecto tan grave como la falta de él; pues la fototerapia tiene medios para corregir todo eso.

No hay más que someter a la mujer, de color excesivo, a un tratamiento especial, donde domina el color rojo. Las cortinas, la sillería, la alfombra, todo cuanto vista o adorne en la habitación, deberá ser de tonos rojos, y roja, igualmente, será la luz de que se haga uso por la noche.

En cambio, si la mujer adolece de extrema palidez, se modificará el tratamiento cambiando el rojo por el blanco: o lo que es lo mismo, a exceso de rojo, rayos rojos; a falta de color, blancos.

A decir verdad, el empleo de la fototerapia en el tecedor, no es tan nuevo como parece. En el siglo XVI, y ya es fecha, las damas venecianas, para dar a sus cabellos el hermoso color rubio, entonces de moda, llamado «rubio de Venecia», se ponían una especie de sombrero de ala ancha y sin copa, sacaban y extendían sus cabellos por cima de él, y los dejaban expuestos al sol. Esto llegó a estar pronto muy en boga, y en tiempo del Ticioano fué un verdadero «Arte blondegiante».

Pero hoy, ya no es solamente el pelo lo que puede colorearse a gusto de la propietaria por medio de la luz; es la piel lo que cambia de aspecto, se limpia de berrugas o de lunares importunos y se libra de manchas y asperezas.

El pigmento de la piel tratado por colores diferentes y sabiamente graduados, da el matiz que se busca. Esto es un gran progreso en la corrección de la belleza ideal, que si mucho preocupó a los antiguos, no preocupa menos a la población femenina del mundo moderno.

A algunas las parecerá martirio casi inaguantable, eso de someterse a los resplandores rojos a manera de negativas fotográficas, o pasar la vida entre ondas de luz azul o verde.

Pero pocas serán las que piensen así, pues después de todo, padecimiento supone cuanto se hace para corregir la obra de la naturaleza, y el estar días y días entre cristales y cortinas de colores, no es padecer más que el embutirse el cuerpo en un corse, llevar una mascarilla de pintura o el pie aprisionado en calzado estrecho.

Por lo menos la fototerapia es un poco más científico que todo eso, y por consiguiente, significa un adelanto nada nocivo a la higiene en general.

X.

¡Oh, el telégrafo!

Pasillo cómico-indignativo en dos cuadros y varios sueños

Nos han referido un caso ocurrido en Cartagena, que, además de los perjuicios notorios que pudo causar al destinatario, tiene su tanto de gracia, pero una gracia que hace protestar duramente contra los encargados de recepción y transmisión de despachos de aquel centro, y que, por lo tanto, transmitimos a quien corresponda.

Llega un caballero a las dos de la mañana a las oficinas de telégrafos. Se aproxima a la ventanilla y llama. Transcurre un gran rato. Repite nuevamente la llamada. Otra prolongada pausa. Vuelve a llamar otra vez. Silencio.

—¿Qué ocurre?—se pregunta el buen señor.—¿Se habrán muerto los aspirantes y oficiales del centro?

Dirige hacia el interior la mirada y descansa, con el sueño de los justos,

vé durmiendo a los activísimos empleados.

El caballero quisiera hacer reflexiones, probando que el gobierno paga a sus empleados para que cumplan su obligación; pero sus negocios no le permiten desperdiciar el tiempo y tiene que apechugar con todo.

—Buscaré un ordenanza—dice—él se encargará de esto.

Efectivamente. Durmiendo como sus superiores, el modesto empleado ronca beatíficamente. Lo sacude por un brazo y lo pone en pie. Entonces, detalladamente, porque no se le olvide, le dice que despierte al oficial de guardia, le dé el telegrama y lo curse lo antes posible.

El ordenanza promete hacerlo así y el señor se marcha.

Los asuntos que éste tenía que resolver allí, se terminan a hora apropiada para tomar el tren. Monta en él y, llegado a Murcia, pregunta en su domicilio:

—¿Habeis recibido mi telegrama?

—¡¡¡.....!!!

—¿No? ¡Gambal! Pues vamos a Telégrafos a ver que ocurre.

Llega a las oficinas de Telégrafos de Murcia y pregunta al ordenanza, que es amigo:

—¿Tienes un despacho de Cartagena para mí?

—No.

—¿Hombre!... Veamos al oficial.

Se aproxima a la ventanilla y a otro amigo hace idéntica pregunta. La respuesta del oficial es parecida.

—De Cartagena no nos han enviado nada para ti. Aguarda un momento y veremos.

El buen señor, que está ya admirado de la enorme actividad del empleado cartagenero, decide aguardar la llegada del parte. Pasa tiempo. Dán las diez y ¡por fin! le entregan el recién recibido despacho.

Asombrado de la velocidad telegráfica, lo abre, mostrándolo a un amigo. El parte dice poco más o menos:

«Salgo en el primer tren. Esperadme. Fulano».

Y el amigo no tiene más comentario:

—¡Oh, el telégrafo!

NOTAS

Sentimos una leve conmiseración hacia los republicanos españoles, tan diferentes a los demás republicanos de otras partes del mundo. Salmerón —ese Schopenhauer de la política radical— cosecha ahora los frutos de sus pasadas altiveces. Todas sus filosofías no son nada ante el descontento y la avalancha de protestas que se le viene encima. Nosotros estamos seguros que el augusto patrio y profundo filósofo no pasará el Rubicón de las iras republicanas.

Pero lo que más nos duele es que la fraternidad y unión de los amigos del gran tribuno y empirico metafísico, desaparezcan ahora, después de tanto pregonar las gracias y excelencias de la solidaridad. Tiene la realidad terribles ironías para con el jefe de los unionistas.

[Todo sea por la República!]

Según dicen, este año tendremos fiestas en Abril y según aseguran habrán entierro de la sardina, bando de la luerta y otras «majas» de festejos. Todo ello muy bueno y muy razonable; pero lo que no nos parece muy razonable ni medianamente bien es que a estas fechas no se tengan noticias del estado—estado ¡ay! harto interesante—de las carrozas.

Nuestras noticias son que las carrozas no comenzarán a hacerse hasta que no esté hecha la recaudación. A primera vista es una buena medida de prudencia, que nosotros alabamos; mas nos tememos que de dejarlo todo para lo último, sobre todo las carrozas, el popular y mas vistoso número de las fiestas, resultará deslucido.

Por que suponemos que nadie creará posible que a la hora crítica, con cuatro martillazos, quedarán listas las carrozas. Y sería pedirle malacotones al olmo, pretender que de golpe y porrazo íbamos a tener un Entierro vistoso y lucido.

De ese modo solo se consigue gastar mucho dinero y hacer las cosas menos que medianas.

Señores de la Comisión...

Un colega local de la noticia de que una docena de implorantes, de los que prestan sus lustrados servicios al público en la Puerta y Trapería serán «uniformados» la medida parece que timana del Sr. Morón.

Pero lo gravemente grave es que los no favorecidos por las gorras numeradas ideadas por el señor Morón protestarán y hasta puede que se denuncien en huelga.

Y he aquí como el Sr. Morón, sin darse cuenta, promueve un pequeño conflicto y se ve en un aprieto.

Menos mal que no se sabrá en el Jaón.

La Cierva hace declaraciones; Maura y Sanchez Toca conferencias; Canalejas y Lopez Dominguez,

dan el último golpe a su programa; los republicanos excomulgan a Salmerón; se publican pastores para iniciar a los fieles en los misterios y deberes electorales. Con estas y otras cosas por el estilo se pasa el tiempo agradablemente y sin sentirlo.

[Que no estuviéramos siempre en vísperas de elecciones]...

POLVO Y NADA

No dudo eso de que seamos nada, y que seamos también polvo, polvo vulgar, pero no por decir polvo seamos nada. Desde el acto de la Confirmación ya nos están diciendo que no somos nada, que nada valemos, porque somos polvo y nosotros creemos con ese desprecio al polvo, comparando con él todo lo pequeño, lo despreciable, lo inútil. Y todo porque no han sabido distinguir los que nos lo han dicho, porque no les ha dado la gana de hacernos comprender que hay una gran diferencia entre el polvo de una carretera, con el polvo que infecta las minas de oro y mercurio, entre el polvo lleno de microbios y organismos dañinos que a varetazos se saca de una levita, al polvo y residuos de una factoría o fábrica de objetos de plata.

Los ricos placeres de México, las arenas auríferas del Darro, dieron en polvo millonarios y en la actualidad hay millonarios que viven en ricos palacios, se pasean en automóvil y viven como príncipes, como príncipes ricos, que los hay de los otros, por haber sabido explotar el polvo que las fábricas dejaban como residuo sin valor.

No una, muchas son las familias que hoy día ocupan la primera posición, posición pecuniaria en la industrial Sheffield, y no deben a otra cosa su inmensa fortuna, sino a la laboriosidad, constancia y perspicacia de sus padres, a quienes se les ocurrió recoger el polvo de los alrededores de las fábricas, é ir escoba en mano a barrer los desperdicios y residuos de los talleres.

Con un saco en la espalda y una escoba en la mano, uno de los hoy millonarios de Sheffield, iba no hace muchos años a recoger lo que los otros no querían. Extraña por procedimientos sencillísimos la «plata» que después de flotar en el aire iba a depositarse en el suelo, y consiguió de esa manera igualar y aun superar su fortuna a los ricos propietarios de las grandes fábricas de ortopedia.

Durante mucho tiempo siguió buscándose así un capital, fundó una fábrica para fundir metal y volvérselo a vender en lingotes a los que se lo regalaban, y así siguió hasta que se supo, y hoy día se barren las fábricas con gran cuidado, se funden los residuos que al cabo del año les rinden un producto que en la industria de Sheffield representa muchos miles de duros.

¿Quién puede afirmar que al quitarnos el polvo de los botas o al cepillar el sombrero no estamos derrochando parte de un capital que bien comprendido y explotado haría nuestra felicidad?

ATLAS

Las Golondrinas

Ya han llegado.

Ayer las he visto en enorme bando revoloteando muy altas como desorientadas. Después se ha deshecho el bando y en grupos han tomado diferentes direcciones. Uno de ellos, el más numeroso, ha caído sobre los aleros del inmenso palacio y con un piar ensordecedor han ido recorriendo sus antiguos nidos, sus casas de todos los años, donde nacieron ellas, donde criaron sus hijuelos.

Algunos de los nidos estaban ocupados. El gorrión aprovechando la inercial ausencia del inquilino ha tomado posesión de él. En este caso, la luche que se entabla es horrible. El derecho y la fuerza vencen al fin y mientras el gorrión buya lanzando chirridos de rabia, entra gozosa la golondrina en su reconquistado hogar.

Al contemplar revoloteando el oscuro bando, he sentido algo así como un fuerte crujido en la tierra, al recibir el beso ardiente y vivificante del sol que le ordena comenzar su santa misión germinadora. Me ha parecido ver las verdaderas espigas de los extensos trigales, doblarse al contacto acariciador de una brisa suave y tibia.

He visto aparecer en los campos las blancas margaritas, las rojas amapolas. He visto curbarse los brazos, escueto de los árboles de verdes hojas, y he sentido el movimiento de sus troncos al empuje de la redentora savia.